

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 94.—BARCELONA 23 DE FEBRERO DE 1916



Una nueva cocina de campaña, regalada por la emperatriz de Alemania al mariscal von Hindenburg. La emperatriz de Alemania ha regalado varias cocinas de campaña a los generales que más se han distinguido, e inspecciona éstas antes de ser trasportadas al teatro de la guerra del Este

CRONICA INTERNACIONAL

I. Alemania y los Estados Unidos.—II. Salónica.—III. Rumanía.—IV. Italia

I.—Alemania y los Estados Unidos

Si se hubiera dado crédito a lo que refería la prensa inglesa, a estas horas Alemania y los Estados Unidos se habrían declarado la guerra. Los anuncios más terroríficos llegaban incesantemente del otro lado del canal de la Mancha cuando escribimos la *Crónica* anterior, y sin embargo no dedicamos un solo comentario a la magna cuestión del *Lusitania*: tan firme era nuestro convencimiento de que se trataba de un conflicto amañado fuera de su asiento natural. Bastaba, en efecto, advertir que los temores de otra nueva y pavorosa guerra coincidieron con las declaraciones del presidente Wilson, notoriamente dirigidas contra Inglaterra, para persuadirse de que al hinchar los periódicos de Londres el asunto del *Lusitania*, se proponían ante todo calmar la opinión de su país y hacer creer a la de los Estados Unidos que el verdadero enemigo de la Unión era Alemania.

Para el observador imparcial el caso no ofrecía dudas: por encima del *Lusitania* y de todos los pun-

tos litigiosos aislados y particulares estaba el interés general de la República, y es bien claro que ese interés padece más con los procedimientos adoptados por Inglaterra que con los seguidos por Alemania, y, por si esto no bastara, todo el mundo sabe que la política alemana en el Oriente de Asia concordaba con la del Norte de América, mientras que la británica estaba en pugna con esta última. De modo que, tanto atendiendo al presente como al porvenir, no les conviene a los Estados Unidos ni al Imperio alemán llegar a un estado de cosas que perjudicaría a los dos y beneficiaría a su rival común.

Transitoriamente, el comercio entre la Unión y los aliados de Europa ha adquirido un desarrollo tan extraordinario, que la República ha de esforzarse en mantener sus buenas relaciones con el grupo de potencias que la Gran Bretaña acaudilla; pero esto es circunstancial, importante sólo desde el punto de vista del comercio, y sin valor comparado con los intereses permanentes y generales del Estado. Necesariamente, éstos han de pesar más.

No hay que esperar, pues, en tanto la guerra no

llegue a su fase final, que los Estados Unidos rompan con ninguno de los dos grupos beligerantes, por más airada que sea su actitud y amenazador su tono. El presidente Wilson, que ha demostrado ser hombre perspicaz y patriota, ve con fruición cómo Europa se destroza y arruina, allanando providencialmente el camino que se proponía y no se atrevía a seguir el imperialismo yankee, y por de pronto se limita a pesar sobre las diplomacias europeas, para que la suya ocupe una posición preponderante que le facilite la adopción de la política activa que más adelante ha de ejercer. Y como la diplomacia sin una gran fuerza detrás es letra muerta, los Estados Unidos se están preparando para poner en el tablero universal una respetabilísima escuadra y un no despreciable ejército. Con esos elementos, su inmensa riqueza, su privilegiada situación geográfica entre los dos grandes mares, y en posesión de un instrumento tan valioso como es el canal de Panamá, no han de transcurrir media docena de años sin que la Unión americana arrebatase a Inglaterra el cetro de la política internacional, que en estos tiempos no se contenta con éxitos y satisfacciones de amor propio, sino que se redondea con pingües y positivas ventajas de un orden bastante más prosaico.

No olvide el lector estas indicaciones siempre que surjan nuevos conflictos, y surgirán desde luego, entre los Estados Unidos y los de Europa.

II.—Salónica

Ocupóse Salónica, según dijeron los nuevos inquilinos, como base naval y militar de una intervención en los Balkanes. Desde el primer momento se dió a la ocupación un carácter exclusivamente defensivo, que se afirmó más cuando los puentes y viaductos fueron volados y destruidas las comunicaciones ordinarias y férreas. Los movimientos de las tropas del general Sarraíl parecen dirigidos a dar señales de existencia, y no son síntomas de una actitud agresiva. Cerca de cuatro meses de ocupación han dado lugar a que la reflexión de los neutrales, y en primer lugar de los griegos, se abra paso serenamente, y como era de esperar se ha planteado por fin la pregunta que era inevitable.

Supongamos que los austro-germano-búlgaros no atacan a Salónica, pero no abandonan tampoco la frontera griega, y que la guerra, que un día u otro ha de concluir, se resuelve a favor de los imperiales.

¿Qué harán los franco-ingleses? Devolverán Salónica, Corfú y demás islas y puertos griegos a sus legítimos propietarios? Saldrán de allí entre la rechifla general, sin tener siquiera la gloria de una derrota digna? No se necesita estar muy versado en historia para conocer antecedentes que casi son vulgares. Los aliados aprovecharán la posesión de Salónica y demás lugares para amenguar el desastre, y no renunciarán a territorios que no han ganado, pero que son suyos militarmente considerados, sino a cambio de otras presas que los vencedores pretenden arrebatarles. Es decir, que Grecia pagará parte del tributo de la derrota. Y aún se llegará a esto si no hay otro remedio; porque la situación de Salónica es tal, que con ella, Chipre y el canal de Suez, Inglaterra sería de hecho la dueña y señora del Mediterráneo oriental, por grandes que fueran las ex-

pansiones territoriales de Bulgaria y las victorias de Turquía. Será menester que la guerra esté decidida y comprendan los ingleses que sus enemigos les expulsarán a viva fuerza si no se marchan antes. En cualquiera de ambos casos, tanto si los ingleses se quedan en Salónica como si a viva fuerza la ocupan los germano-búlgaros, ya no volverá a poder de Grecia; y lo mismo puede decirse de Imbros, Tenedos, Corfú, Castellorizo, etc. Es claro que Grecia hará lo indecible por evitar un acontecimiento que la reduciría a la impotencia y cerraría definitivamente su porvenir, de suerte que en la hipótesis que consideramos se unirá a los Imperios centrales. Esto sería lo mejor que puede ocurrir; pero es menester que Grecia no tarde demasiado en decidirse, porque de lo contrario los búlgaros, bien apoyados, no soltarán su presa.

Suponiendo a Inglaterra triunfante, el destino de Salónica está fallado: no ondeará sobre ella el pabellón griego. Nada peor puede desear Europa.

En manos de los ingleses Salónica, la eterna cuestión de Oriente, lejos de resolverse, se agudizaría otra vez, y antes de pocos años tendríamos una nueva guerra, hasta que se llegara a un equilibrio estable, únicamente posible el día que una sola nación domine en los Balkanes. Esto lo sabe Bulgaria y en tal dirección apunta; Grecia está a punto de ser descartada; lo ha sido Serbia; Turquía se ha convencido de que su porvenir está en Asia y su fuerza en el Bósforo y los Dardanelos; resta una incógnita: Rumanía.

III.—Rumanía

Cualquiera que lea la prensa aliada se sentirá inclinado a creer que la tensión entre Rumanía y los Imperios centrales ha llegado a un punto crítico; que la ofensiva de los rusos tiene por objeto empujar a Rumanía, y que ésta se decidirá apenas los moskovitas ocupen Czernovitz. El que tal piense, ha perdido la memoria.

Rumanía no declaró la guerra a Austria cuando los rusos dominaban como amos en toda la Galizia y Czernovitz, con Bukovina entera, era de hecho una provincia rusa; llegaron los moskovitas al otro lado de los Cárpatos y tampoco se movió Rumanía. ¿Va ahora a desenvainar la espada, cuando los rusos han sido derrotados y las fronteras rumanas, antes seguras, están amenazadas por los búlgaros al S. y los austriacos al O? Sería un acto de demencia.

No se ha de colegir de aquí que la situación de Rumanía sea despejada y tranquila. Antes, durante la crisis militar de Austria, era Rumanía la que asumía la iniciativa o se dejaba solicitar por unos y por otros, para saber quien ofrecía más. Actualmente sucede todo lo contrario. Bulgaria conserva muy fresca la herida de la pérdida de su provincia danubiana, y los austro-alemanes, en perspectiva su ofensiva contra Rusia, no están ya en el caso de resignarse a tener una incógnita eterna en uno de sus flancos; antes de atacar, se comprende que quieran saber a qué atenerse. Se ejerce, pues, presión sobre Rumanía, aunque se ignora si las negociaciones tienen por objeto sumarla al bando de los imperiales o si éstos se satisfacen con la neutralidad benévola y el desarme del ejército rumano. Más probable es que sea lo

primero, pero también se conformarán los austro-alemanes, aunque no tanto los búlgaros, con lo último.

Rumanía ha entrado en una posición parecida a la de Grecia; si se cruza de brazos, saldrá perdiendo, sin que el auxilio comercial le sirva de escudo. En estos tiempos de guerra, cuando se tiene la desgracia de hallarse rodeado por beligerantes, sin fronteras naturales que protejan y defiendan eficazmente, hay que decidirse y dejarse arrastrar por el furor bélico. Rumanía parece haberlo olvidado, no se da cuenta de que la ocasión perdida no vuelve nunca a presentarse, y por sus vacilaciones y ambigüedades se está poniendo en el caso de los países derrotados, sean los que fueren. Sobre todo, el peligro de Bulgaria, que es el más temible, no lo han llegado a comprender en todo su alcance los rumanos.

IV.—Italia

Oportuna ha sido la visita a Italia de la delegación del Gobierno francés; la alianza se resquebraja a todas luces, y no ha estado de más echarle un remiendo. ¿Durará mucho tiempo? En otros países, la acción del Gobierno es decisiva; en Italia, no. El partido socialista y la gran masa de opinión que sigue las inspiraciones de Giolitti es enemiga de la guerra; en el pueblo, los deseos de paz se propagan y crecen; hasta los ciegos ven el fracaso y comprenden cuán vanas fueron las ilusiones que se forjaron hace nueve meses. En las circunstancias más favorables que el mayor optimismo podía imaginar, Italia no logró nada; últimamente, los austriacos han conseguido en Albania lo que los italianos, sin enemigos a quienes combatir, no pudieron lograr; se habla de la defensiva más que de la ofensiva; los aliados, hasta en eso torpes, les han tratado con desconsideración; Inglaterra ha encarecido los artículos de primera necesidad y dificultado la alimentación de las clases populares de la península. La necesidad, la penuria, el hambre, son malas consejeras, y devuelven a la realidad al más iluso. Italia se tambalea. No hay allí como en Francia e Inglaterra, el deseo de luchar hasta el fin. Francia entró por su gusto en la guerra, sabiendo de antemano los peligros a que se exponía, y lo mismo hizo Inglaterra; pero Italia fué equivocada, es la que ha tenido un desengaño mayor. Se concibe la paciencia y la resignación de los rusos; los meridionales son más vehementes y tienen menos paciencia. Existe justificadamente en Londres y París el temor de que Italia rompa el pacto; por esta vez se han podido soldar las grietas; la causa de ellas subsiste, y pronto, más pronto acaso de lo que muchos se figuran, Italia se inclinará a la paz. No hay otro medio de evitarlo que una victoria militar. Londres y París tienen más apego a las entrevistas y labores diplomáticas que al empuje de las armas; es dudoso que el político haga mucho tiempo las veces del guerrero; los italianos, políticos muy duchos, hacen más caso de los argumentos guerreros.

F. LARÍN.

¿POR QUÉ CONTINÚA LA GUERRA?

II.—Los imperiales

Alemania ha reportado ya de la guerra mucho más de lo que podía esperar y deseaba.

Imaginemos por un momento que la campaña de Francia se hubiera desarrollado con rapidez fulminante, antes de que las tropas del Czar se acercaran a las fronteras de Prusia. Francia habría sido aplastada a fines de septiembre o primeros de octubre y Rusia no tardara más de tres meses en confesar su derrota, puesto que no hubiera contado con el apoyo de aquella República, puesta fuera de combate. Pero, por la misma rapidez del triunfo, no se hubiese dado el caso de una verdadera y genuina invasión de los territorios enemigos, de su ocupación prolongada y normal, toda vez que los avances y movimientos de tropas no tuvieron otro carácter que el de operaciones militares. Francia, al firmar la paz, quedara con sus antiguas fronteras, y Rusia perdiera, a lo sumo, la provincia de Polonia.

Tal como se ha desenvuelto la guerra, Alemania no puede mostrarse tan moderada en sus preteniones. Se ha normalizado la vida, en lo que cabe en un país en guerra, en Bélgica, el N. E. de Francia y el O. de Rusia; todas esas regiones están más que invadidas, ocupadas, y sometidas al régimen civil y militar propio de las comarcas limítrofes con el teatro de la guerra. Este estado de cosas ha sido sancionado por el tiempo; y la retirada de los alemanes de parte de dichos territorios tendría el carácter de restitución; el que ha de restituir, si vence, suele quedarse siempre con algo.

Gracias a los rusos, los alemanes se encuentran en mejor posición para hacer la paz que si la guerra sólo hubiera durado cuatro o cinco meses. Poseen, en primer lugar, Bélgica. Supongamos que la paz se firmara ahora. Resurgiría o no el reino de Bélgica, no se sabe, pero nunca con sus límites anteriores; las provincias del E. se incorporarían al Imperio, que en modo alguno se desprendería de Amberes; y para que Francia desechara nuevos pensamientos de desquite, Maubeuge y una zona más o menos extensa a su alrededor, hasta la frontera de Luxemburgo, serían anexionados al vencedor. En el otro frente, se reconstituiría el ducado o principado de Polonia, y la porción de Curlandia bañada por el mar Báltico, pasaría a formar parte de Alemania. ¿Puede ésta desear algo más?

Ciertamente. Ha perdido las colonias del África occidental y es muy probable que también le arrebatase Inglaterra las del África oriental; la misma suerte han corrido sus islas del Pacífico y la colonia de Kiao-Chau. Estos daños no han impresionado apenas a los alemanes, que no habían tenido tiempo para adquirir costumbres coloniales; han comprendido lo que ya sospechaban: esto es, que las posesiones lejanas están siempre a merced de quienes sean más fuertes en el mar. Pero Alemania necesita más que mercados, necesita tierras donde verter el exceso de su población, sin que se encuentre sometida al trato habitual de quien reside en el extranjero, trato que lleva consigo el que la nación no se beneficie directamente del trabajo de sus hijos expatriados. Se le abre pingüe compensación en el occidente de

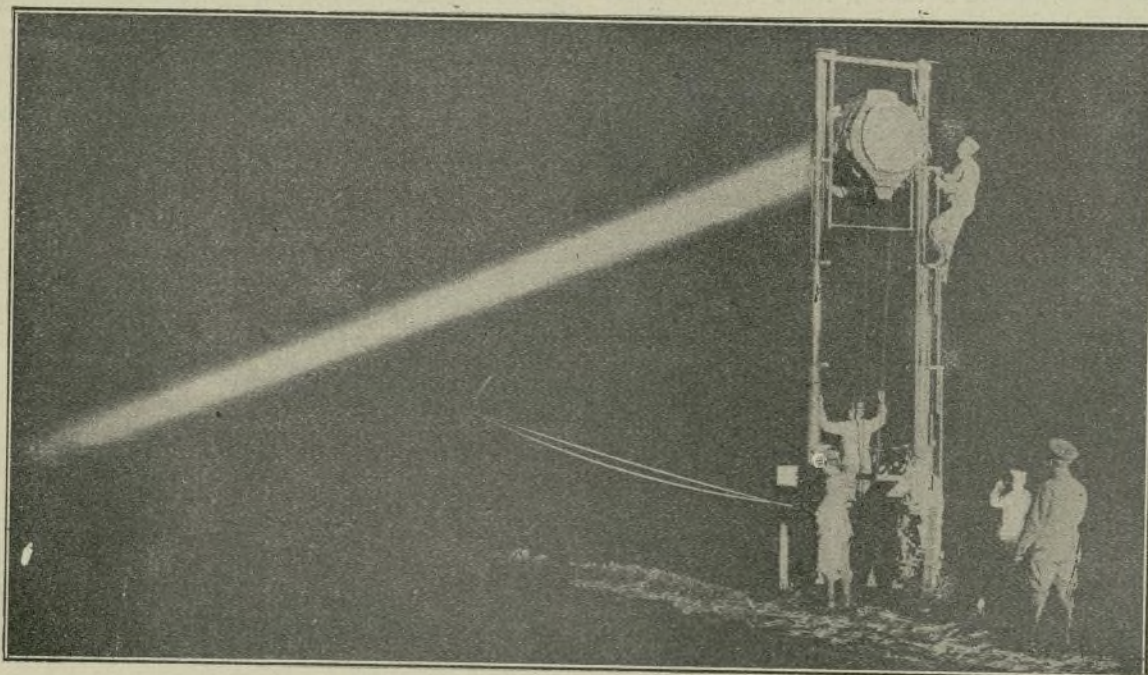
Asia, pero la situación allí está muy amenazada por rusos e ingleses, que después de la paz y sólo por la propaganda pacífica, eficazmente ayudada por la posición geográfica, podrían arrebatar a los alemanes la presa tan codiciada.

Si ciñéndose a Europa Alemania se encuentra en ventajosas circunstancias para concertar una paz inmediata, vemos, pues, que no sucede lo mismo en lo que toca a las previsiones del porvenir. Otra cosa sería si Alemania pudiera consolidarse en Asia, por mediación de su aliada Turquía, acabando con la influencia extranjera en Persia y expulsando la poderosa corriente británica que hay en el Belukistán. No necesita que Egipto sea redimido de la dominación inglesa, ni tampoco que el canal de Suez sea verdaderamente libre y neutral, aunque es evidente que le convendrían ambas ventajas.

En esta forma, no ha llegado aún el momento del apogeo para Alemania; lo alcanzará cuando en

tendió la diplomacia británica; entonces será tarde para reparar el error.

Menos aún que Alemania desea Austria-Hungría una paz inmediata. Si algún beligerante ha mejorado de modo sorprendente su posición en los últimos meses, ha sido la doble monarquía. Compárese su estado en abril de 1915 con el actual. Todavía en septiembre parecía grave y amenazador el peligro italiano, que hoy ha quedado relegado a segundo término. Desde entonces, Austria ha destruído el avispero que por muchísimos años agitaba al Imperio; destruída Serbia, parte de ella pasaría a ser gobernada por Viena y el resto se incorporaría a Bulgaria; la extrema zona del litoral montenegrino quedará, total o casi totalmente, bajo el pabellón austro-húngaro, y con esta ventaja y la posesión del monte Lovcen, se afirma notablemente la posición del Imperio en el Adriático. Ya no se piensa en ceder a Italia lo que de buen grado se le ofreció en



Un proyector alemán, en el frente occidental

Oriente los acontecimientos tomen un cariz abiertamente favorable a los turcos, por más que no se logren más ventajas en Europa. Y como lo que se refiere a Oriente va dirigido con preferencia contra Inglaterra, se concluye que Alemania espera completar sus éxitos sobre franceses y rusos con un buen golpe sobre los ingleses. Lo cual no excluye a que se mostrara propicia ¿cómo no? a concertar una paz separada con Francia o Rusia, o mejor con las dos a la vez; pero el pleito no quedaría sentenciado en definitiva: le falta obligar a su enemigo más altanero y envanecido a presentarse más razonable y humilde. Rusos y franceses van a seguir derramando su sangre y empobreciendo sus países, por no quererse desligar de la lucha entablada entre los dos colosos; y Alemania no puede devolver a Rusia y Francia gran parte de lo que les ha arrebatado, porque si fracasara la acción en Oriente se reserva una posible compensación a expensas de aquellas naciones. El día de la firma de la paz se evidenciará hasta qué punto cayeron rusos y franceses en el lazo que les

mayo último. Sobrados terrenos se han conquistado a los rusos para que inspire ningún cuidado la reintegración del pedazo de Galizia aún invadido. Se ha desvanecido la creencia, tan generalizada, incluso en Viena, de que las armas austriacas eran impotentes contra las rusas, y la estrella de la victoria ha vuelto a lucir para aquel país de tan gloriosas tradiciones militares, pero muy desgraciado en los últimos tiempos. Austria ha recobrado todo su prestigio y se ha beneficiado de una expansión territorial. ¿Le basta con ello y aceptaría una paz que sancionara sus triunfos? No.

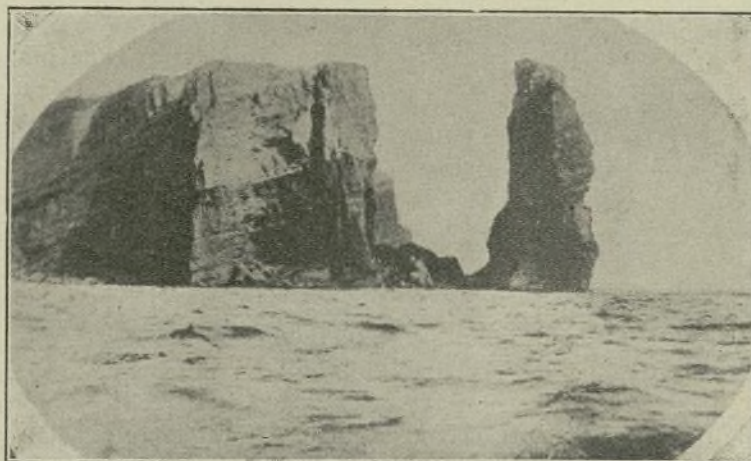
Para la doble monarquía es de más importancia el Adriático que el mar del Norte para su aliada Alemania. No teniendo salida a otro mar, es para ella cuestión de vida o muerte que sus barcos puedan navegar y salir al Mediterráneo sin necesidad del beneplácito de otro. Merced a su alianza con Italia, durante bastantes años no se ha presentado ese problema del Adriático, cuyos primeros chispazos tuvieron lugar en 1913, cuando la guerra balkánica.

Ahora ya no hay medio de aplazarla, ni de andar con componendas. La suerte ha favorecido a Austria, y ciega sería si desaprovechaba la oportunidad; además, Italia con sus apresuramientos y engañándose respecto de su poder real, le ha abierto los ojos, que en lo porvenir nadie los cerrará.

Dueños los italianos del canal de Otranto, que a ello equivale la posesión de Valona, sería el Adriático para los austriacos lo que para los rusos el mar

de lo que puede acontecer en las fronteras rusa e italiana, es natural que se aplique a la empresa del Adriático, que es una de las más antiguas y acendradas aspiraciones nacionales. No ha llegado aún para Austria la hora oportuna de la paz.

Satisfechísima la firmaría en el acto con Rusia; pero ha de saldar cuentas con Italia, en el mar más que en el Véneto. Por eso mismo, es muy posible que si las cosas no toman en breve otro rumbo,



Acantilados de la isla de Heligoland

Negro, con la diferencia a favor de los últimos de ser mayor el Negro, y disponer de salidas al Báltico, al Glacial y al Pacífico. Es imposible que Austria se resigne a esta condición de inferioridad, incompatible con su prosperidad interior y con su rango de gran potencia. Lo equitativo fuera que Italia dominara, como domina, todo el litoral del O., y el del E., hasta un poco al S. de Valona, perteneciera a los austriacos; pero esto equivaldría a poner el Adriático en manos de los austriacos, toda vez que la flota italiana tiene que defender y vigilar las costas mediterráneas, mientras que la austriaca estaría habitualmente concentrada en el Adriático. De consiguiente, Italia no se allanará a la supremacía de su rival, sino por la fuerza de las armas. En el fondo la guerra que sostienen ambos Estados no tiene otra finalidad, ni el principal objetivo de Italia al rasgar el

procure Italia conjurar la tormenta por medios pacíficos. Sólo un fuerte empuje de los rusos disuadiría, en tal caso, a los austriacos de continuar la guerra vigorosamente hasta ponerse en condiciones de seguridad en el Adriático.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El sistema homeopático

(El señor A).—No digo al estrechamiento del bloqueo, sino a la horca se tendría que apelar para reducir a esos diablos de alemanes.

—Ándese V. con cuidado, que los alemanes las están montando ya para que pasen ustedes por de-



Un ataque de infantería austriaca, en el frente ruso

tratado de alianza y desnudar la espada fué el proclamado por los irredentistas. Italia, que fué la primera que vió este problema y la primera que quiso resolverlo por sí misma, ha perdido un tiempo precioso sin obrar, y ahora es Austria la que trata de deslazarlo en provecho propio; le interesa más aún que la posesión de Serbia, y como está tranquila respecto

bajo; pertenecen al género de aquellas que se denominaban *caudinas*; belgas, serbios y montenegrinos han ensayado el aparato y dicen que funciona bien; pueden ustedes pasar sin temor.

(El señor A).—¡Eso es! ¡Cebándose en pueblos pequeños! ¡Vaya unas proezas!

—No son tan sibaritas como ustedes, que se ce-

ban en las carnes blandas de Grecia. Por fin ha salido un digno camarada a la batalla del Marne: la conquista del fuerte griego de Kara-burun.

(El señor A).—Cuchufletas aparte, ya era hora de que Inglaterra apretara las clavijas. A ver si así se acaba de una vez con el militarismo alemán.

—¿Le molesta a V. en algo eso que V. llama militarismo? Quisiera que me lo dijera V.

(El señor A).—¿Se atreve V. a preguntármelo? La fuerza coarta el derecho, hace enmudecer a la justicia, se opone a la libertad, atenta...

—Comprendido; pero no es eso lo que pregunto; bien sé que esas damas galas, justicia, democracia y demás *modus vivendi*, están a malas con la fuerza; lo que me interesa saber es si el militarismo (?) alemán perjudica a V., y en general a todos nosotros, en algo.

(El señor A).—A mí, en particular, no; a los españoles, tampoco.

—¿Y a los suecos, daneses, holandeses y demás neutrales?

(El señor A).—No me importa saberlo; es cuenta de ellos.

—Y los desahogos de Barrés ¿son cuenta de V.? Bueno es saberlo. Quedamos en que el ejército alemán nos tiene sin cuidado a los que vivimos lejos del Imperio, aunque les ponga a los vecinos la carne de ave. ¿Se ríe V. también de la marina inglesa?

(El señor B).—La supremacía marítima, el dominio del mar, es el arma decisiva.

—¿Contra quién? Contra los alemanes no será, porque por adelantado lo reconocen los ingleses. En cambio, todos los neutrales pasamos las de Caín por esa famosa supremacía; intervenida la navegación de los neutrales, multiplicadas las trabas a su comercio, puestos los pueblos a ración, prohibida la correspondencia, el carbón por las nubes, el hierro por las entrañas de la tierra, los productos agrícolas pudriéndose, sin medicamentos.... ¿Qué tenemos que ver los neutrales con las querellas de Inglaterra, para que se meta con nosotros?

(El señor A).—Hay que probarlo todo para aplastar a Alemania.

—Todo, precisamente, no, que yo sepa, ni los ejércitos ni los acorazados han probado otra cosa que la cicuta. Respóndame V.: el dominio del mar, tal como lo entiende y practica Albión, ¿nos irroga algún perjuicio? Sin distinguos: ¿sí o no?

(El señor A).—Algo, un poco, es claro, no puede negarse que sí.

—A pesar de lo cual, V., neutral, se indigna y clama contra el poder de los ejércitos alemanes, que en nada nos lesionan, ni nos importan, y encuentra V. loable y admirable el poder marítimo inglés, que nos tiene fritos, hambrientos y desesperados. Coma V. libertad francesa, beba justicia inglesa, emplee como primera materia democracia rusa, comercie V. con el derecho italiano, y, para echar una cana al aire solácese con la fraternidad aliada. ¿Sabe V. qué es una casa de orates?

(El señor A).—Si V. me lo permite, le diré que está V. más loco que una cabra.

—Pero sé más en mi casa, que los aliados en la ajena. Si bien se reflexiona ¿cómo permanecer cuerdo después de leer las enormidades que se escriben? Las motivadas por los zeppelines...

(El señor B).—Ni en broma los nombre V. ¡Máquinas infernales, traidoras...!

—En eso estaba pensando. Cierta día, leía yo unos párrafos de prosa inglesa, verdadera prosa, en los que se anunciaba con viva satisfacción, con orgullo, que a consecuencia del bloqueo habían tenido que sujetarse a ración de leche los niños alemanes, que la carne se encarecía en el Imperio, que faltaba el azúcar..., en una palabra, que el hambre había aparecido en el país enemigo y comenzaba a causar estragos. ¡Por fin el adversario tendría que reconocer el omnímodo poder de Inglaterra! Dos días después, los mismos periódicos protestaban indignados del bombardeo de los zeppelines.

(El señor B).—Con muchísima razón...

—De pié de banco, señor B, porque no se me alcanza que quien pretende matar, de un modo u otro, a las mujeres y niños alemanes, lloriquee y patalee cuando los alemanes bombardean las ciudades británicas. ¿Cree V. que la civilización autoriza la muerte por el tormento y repugna la muerte por las bombas? Lo único que hay, es que los unos dicen: en nombre del derecho, te suprimo; y los otros, más veraces y sinceros, responden: estamos en guerra y te envío a la Siberia por el camino más corto.

(El señor A).—¡Atreverse a bombardear París, cerebro del genio humano, cuna...

—¡Qué descansado se habrá V. quedado después de soltar esos artículos para la exportación, que tanto dinero producen a costa de los tontos que se creen listos. Los galos, galaicos, galenos o como se llamen en lenguaje vulgar los oprimidos por los boches, bombardearon Friburgo con sus aviones, y luego se frotaron las manos, exclamando: el bombardeo ha tenido pleno éxito; los resultados no han podido ser más satisfactorios; varios edificios han sido presa de las llamas, otros han quedado destruidos... También a los dos días, los zeppelines devolvieron la vista a París, y hubo que oír a los de los resultados satisfactorios: ¡cobardes (cobardes, sobre todo), inhumanos, fieras, asesinos, malvados!

(El señor A).—No me negará V. que los aviones franceses sólo bombardean establecimientos militares, campamentos, cuarteles generales, depósitos y almacenes...

—Sí, y cuando, por pura casualidad, cae alguna bomba en una casa, se procura que esté desalquilada; mientras que los alemanes bombardean exclusivamente hospitales, ambulancias, catedrales, hospicios, monjas, inválidos, ancianos.... Tengo muy aprendida esta lección. Es uno de mis motivos de risa.

(El señor B).—Pondremos a raya a los zeppelines, acudiendo a las represalias...

—¡Por Dios, señor B, no nombre V. la fatídica palabra! Pidieron los ciudadanos ingleses, aquellos que tenían más horror al matrimonio que a la guerra, la adopción de tremendas represalias, y un compatriota de buen sentido y que además pertenece a la clase de los que dan ejemplo, quiero decir, que un inglés de los que se baten en las trincheras, expuso el siguiente argumento sanchopancesco, que dejó atónitos a los clubmen de allende el canal: ¿se aterran ustedes porque los zeppelines les visitan alguna vez y pretenden que tomemos represalias? ¡Muchas gracias! Porque si los zeppelines no van a

Inglaterra, se dedicarán a treirnos a nosotros, a los que estamos en las trincheras, y sólo nos falta esta nueva diversión para ponernos como nuevos... Pero, hablemos de cosas menos tristes ¿no les parece a ustedes, mis ofuscados amigos?

(El señor A).—¿De qué? ¿A que adivino que alude V. a Annunzio?

—¡Déjele V., el pobrete, que lance proclamas y se encarama a los aeroplanos, huyendo de la quema, porque no anda muy seguro por las tierras italianas! Me refería a otra cosa. ¿Qué tal les prueba a ustedes la homeopatía?

(El señor B).—Estamos perdidos, señor A; han aparecido ya los timos de don Subrio.

(El señor A).—Veremos por dónde sale; la verdad, no lo entiendo.

—Muy sencillo: Inglaterra ha ido al servicio obligatorio por el sistema de píldoras, y tras un tratamiento de dieciocho meses: *pian, piano, si va lontano...*; lo que no sabemos es si llegará con algún hueso sano. Pero el tal servicio es como un elixir concentrado: exención por aquí, excepción por allá, casados que surgen, aviadores que se necesitan, obreros que faltan, cuáqueros que predicán, irlandeses que se refocilan, y escondites a discreción, el tal servicio ha quedado reducido a una píldora y el sistema de Lord Derby a otra píldora, que han tragado respectivamente los franceses y los rusos, y que, sin catarla, ha producido retortijones de tripas a los italianos. Los dos millones de presuntos soldados se han ido reduciendo a millón y medio, a un millón, a ochocientos mil, a seiscientos mil... y lo que te rondará, morena. ¿No es esto homeopatía? Píldoritas y que obre la sabia madre naturaleza, que es como decir, nosotros nos comprimimos y los palos que los aguanten nuestros excelentes aliados. ¡Quién había de decir a los franceses que emparentarían con los de la pérdida! ¿Le ha sentado bien el récipe, señor A?

(El señor A).—Cada país tiene sus costumbres; no iba a romperlas súbitamente Inglaterra.

—A cualquier cosa llama V. súbitamente; díganlo los belgas, cuéntenlo los franceses nortefios, publíquenlo los rusos, llórenlo los serbios, pulsen la lira los italianos... Pues, como íbamos diciendo, un tal Repington, que no se si es mister, o esquire, o sir, o lord, o rana, dijo hace mucho tiempo que para acabar la guerra lo mejor era matar diez mil alemanes diariamente; ahora se contenta con matar 6.500; añade que la estrategia de nuestros días ha de consistir en lo siguiente: se reúne mucha artillería, cañonea un pedazo del frente enemigo y lo destruye; entonces avanza la infantería y lo ocupa; se repite el mismo programa, y así, paso a paso, se acorrala al enemigo; supongo que la gendarmería, como si dijéramos la guardia civil, irá detrás. ¿Es esto homeopatía o qué? Un poco rancia, pero para el que tiene buenas tragaderas, puede servir.

(El señor B).—El señor Repington es un crítico muy respetable, pero al fin y al cabo no pasa de ser una personalidad aislada, y sería temerario fundar juicios generales...

—A ello bien. En aquellos felices tiempos en que los alemanes corrían despavoridos y hambrientos y se sublevaban los austriacos, y en que se hablaba de llegar a Berlín y Buda Pesth como de beberse un

vaso de agua, que no fuera de Mesopotamia, a alguien se le ocurrió decir que la victoria—que, como el juicio, es siempre final—se obtendría cuando los aliados estableciesen la unidad de acción y dirección; la propuesta pareció bien a todos, pero la modestia de cada uno fué causa de que se tardara catorce meses en crear un organismo que se llamó «Consejo superior» etc., etc., porque el nombre es muy largo; celebró algunas reuniones, antes de comer, como es lógico, y por fin acordó que... convenían más reuniones: últimamente, se va extendiendo la opinión de que ha de darse más unidad a la acción de los ejércitos aliados, pero se ha aplazado la resolución para más adelante. Creo yo que esa unidad también es homeopatía pura, que no tiene nada que ver con los revulsivos que recetan en el centro de Europa; ¡aquellos sí que levantan ampollas!

(El señor A).—Lo de siempre, don Subrio: fantasías y nada más que fantasías.

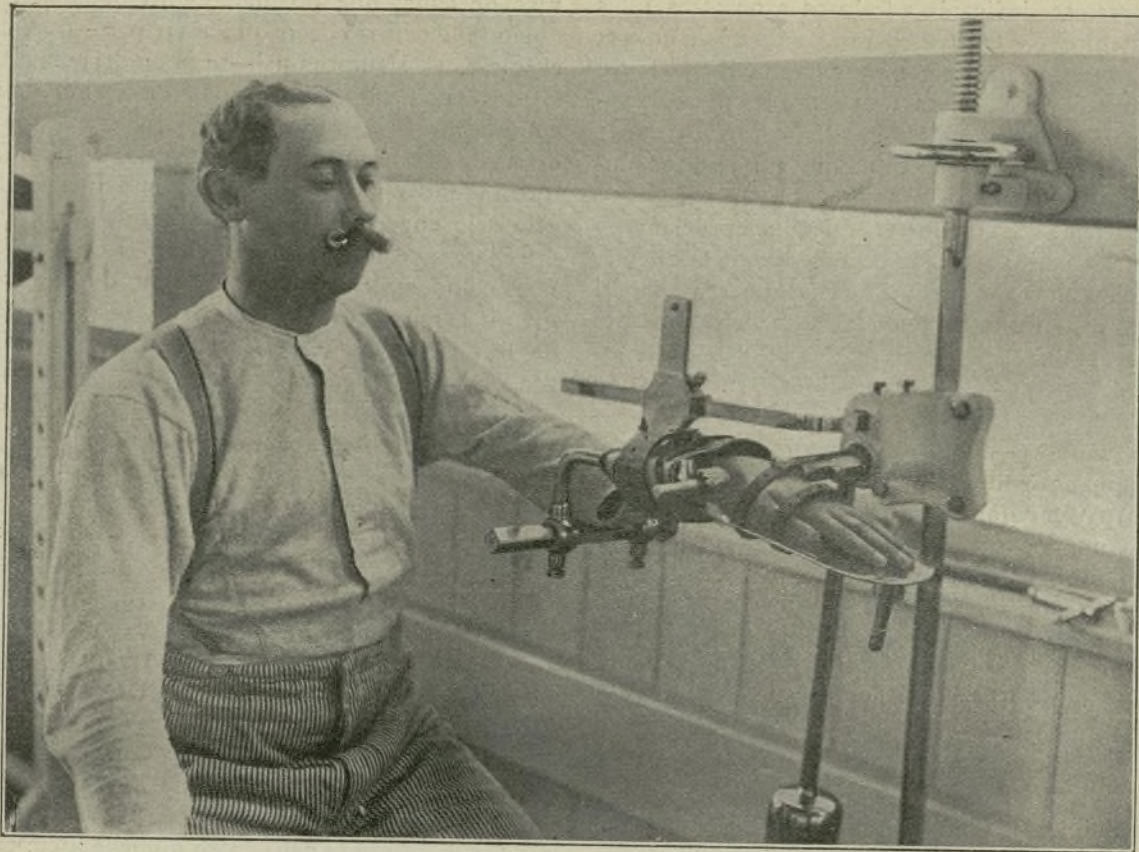
—Fueron los anglo-franceses a salvar a Serbia, y se han comprimido en Salónica; pregonaron los italianos que harían y desharían en Albania, y se han comprimido en Valona. De los Dardanelos y del Isonzo no hablemos, porque allí el agua ha disuelto las píldoras. Para terminar, caballeros, porque está obscuro y los aliados dicen que huele a queso, el modo como los salvadores de Grecia están desenvolviendo la guerra es del género homeopático; casi no han pasado del período de estudiar lo que se debe hacer. ¡Sabios, tal vez salgan, pero lo que es lisidos....!

SUBRIO ESCÁPULA

LA RADIOTELEGRAFÍA EN LA MARINA

«Admirable noche para la radiotelegrafía. Si quiere V. acompañarme, podrá oír cosas muy curiosas; no es posible encontrar mejor noche para eso». La verdad es que la noche era horrible, húmeda y fría, pero había algo en las condiciones de la atmósfera que respondía exactamente a lo que requieren aquellas misteriosas fuerzas que se invocan sin comprenderlas, y con las que es menester conducirse como el enamorado con una dama caprichosa, estudiando sus gustos, acomodándose rápidamente a ellos y evitando lo que parece molestar. Aquella noche la diosa se mostraba benévola, y el gabinete radiotelegráfico, que se beneficia de sus favores sin estudiarlos demasiado a fondo, estaba de buen talante.

»Acepté la invitación; recorrimos el puente, descendimos por la escala de acero, hundiéndonos cada vez más, y por fin llegamos ante una puerta que ostentaba esta inscripción: «Gabinete radiotelegráfico.» Había yo visto esas instalaciones en la costa, establecidas en salones amplios, con muebles de caoba, y en las que todo invita al silencio. La de ahora, que resume el servicio radiotelegráfico de la unidad más importante de la flota, era muy diferente. Ni holgura ni lujo. Un pequeño gabinete atestado de aparadores, varillas y pulsadores de bronce, cobre y vulcanita; dos pequeños pupitres; en medio una gran jaula o urna, en la que estaba aislado el cable, la gran raíz de la planta cuyas ramas se extienden sobre el puente y se subdividen como hilos de araña,

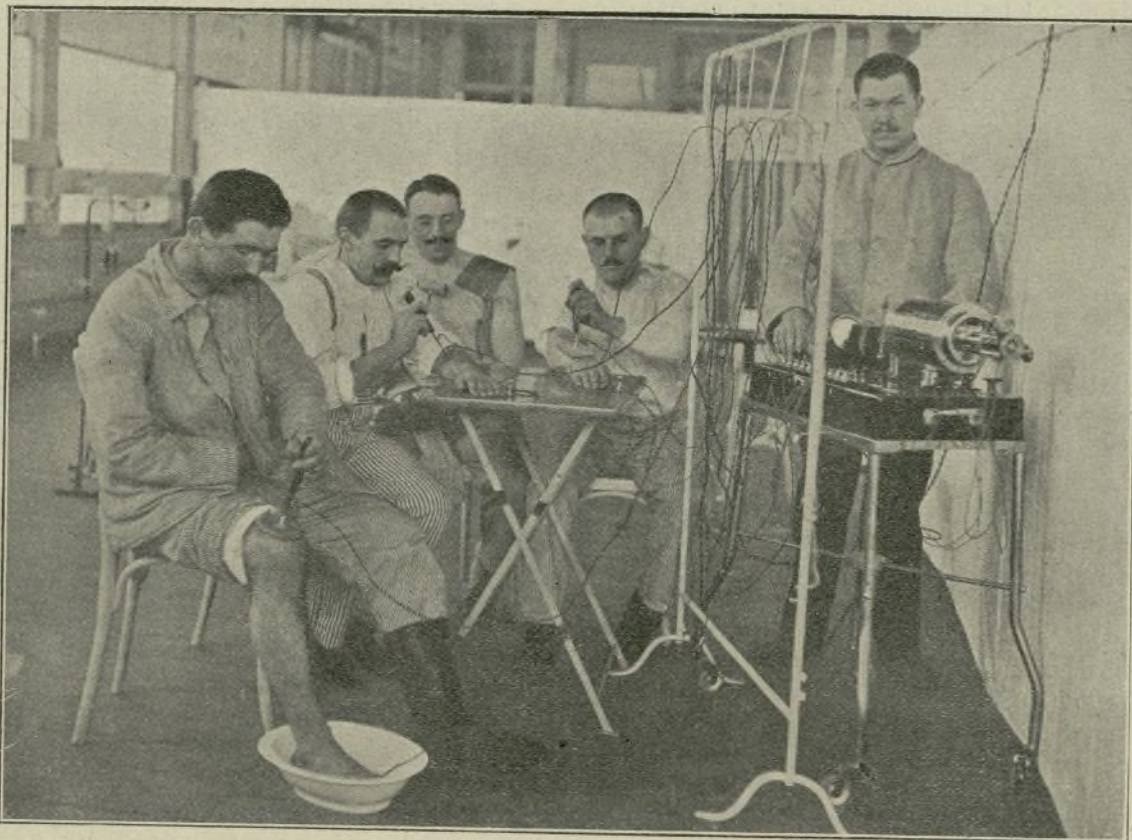


Aparato usado en los lazaretos alemanes para devolver a la muñeca su movimiento

hasta florecer en el éter infinito: algo semejante al árbol de la vida, que tiene sus raíces en los reinos de Hela y la Muerte, y cuyos tallos llegan a lo más elevado del cielo.

»Alrededor de la urna de esta deidad estaban sentados sus ministros, con el uniforme de jerga azul

que, con ligeras variantes, cubre a todos los marinos, desde los cocineros a los artilleros. Unicamente al forastero le parece algo extraña la vista de esos uniformes azules y sub-oficiales sentados en medio de aquellos delicados y científicos aparatos. La imaginación popular se figura siempre al marino agarrado



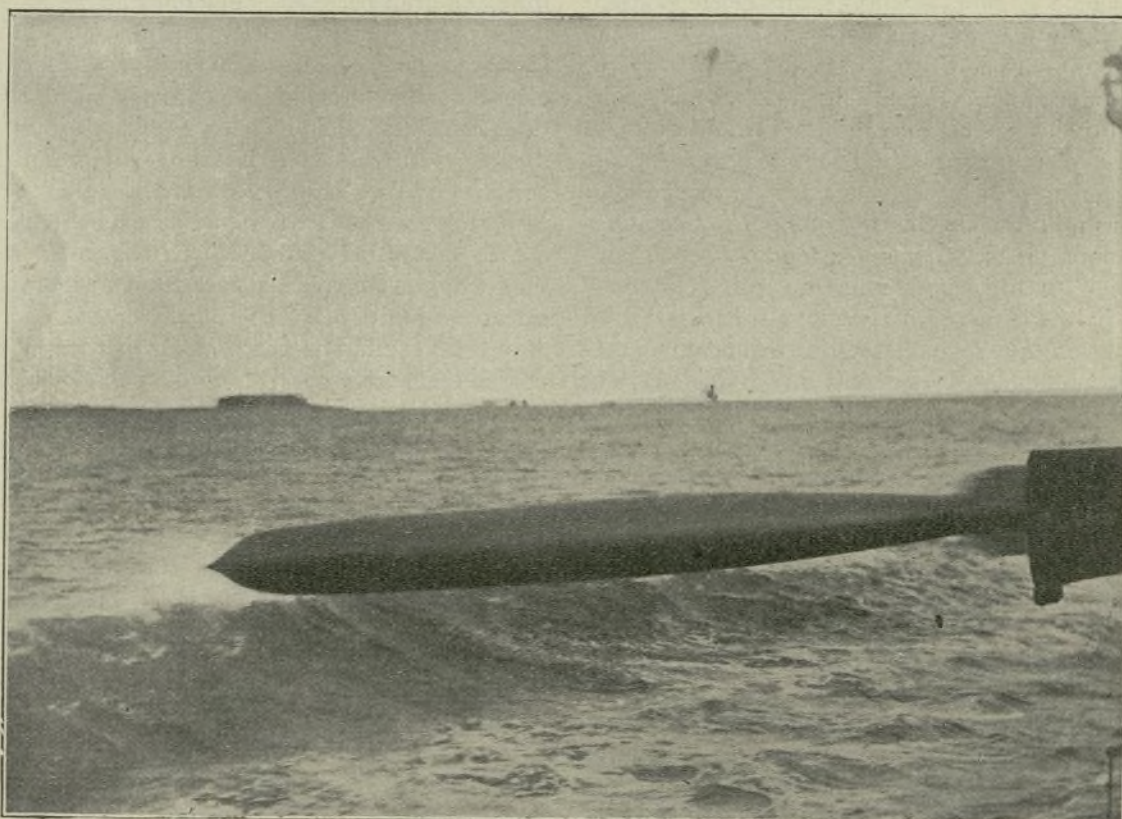
Corrientes eléctricas que se aplican en los lazaretos alemanes, para devolver su vigor a los músculos, nervios y articulaciones



Columna turca desfilando por las afueras de Constantinopla

a un cable o empuñando un remo; pero es mucho más frecuente verle con un lápiz detrás de la oreja, una brazada de libros o una regla en la mano. Unos alicates le son más útiles que un remo; tiene más a menudo un pliego de papel en su mano que un remo; y una campanilla de bruñido estaño le es más

familiar que un bichero. Aquí se le ve desempeñando una de aquellas elevadas especialidades técnicas que tanto abundan en la marina; y entre aquel brillo de metales y la vulcanita negra, se pone en relación con una fuerza invisible, le habla con su propia voz en una jerga que, a pesar de que él la transcri-



Un torpedo en el momento de salir del tubo lanzador

be, parece ininteligible, y luchando mano a mano con el mónstruo, en su misma morada, le vence y le domina.

»¿Con quién corresponde V. ahora, Wab?», preguntó el oficial al cabo detrás del cual nos detuvimos. «Estoy acabando con Poldhu, señor», contestó; «esta noche no se pierde palabra; dentro de un momento llegará Nordeich». Nordeich es la estación alemana más potente, correspondiendo a nuestras Clifton y Poldhu, desde las cuales se envía a todos los barcos el mensaje diario de la prensa. El jefe fija su vista en el reloj, cuyo minuterio se va acercando a las nueve. «Señor, Nordeich es muy puntual; puede V. ajustar su reloj por él; me atrevo a decir que ya se está preparando; comenzará dentro de un minuto. Si coge V. un auricular, le oirá muy bien». Apliqué el auricular a mi oído. Un disco negro de vulcanita que regula y ajusta la longitud de onda para sincronizar con una de las varias voces que trae el aire, fué puesto en cierto número. Escuché; percibí un confuso y extraño coro de rumores y sonidos, como si procedieran de una colonia de insectos que hubiera sido molestada. Puntualmente, cuando el minuterio llegó a las doce, una fuerte, clara y estridente nota dominó los rumores y zumbidos. «Aquí esta», dijo el jefe, que también se había aplicado un auricular. Nordeich empezó, como todo el mundo sabe, dando su signo de llamada, advirtiéndolo a todos a quienes interesara saberlo, que iba a comenzar el recitado diario de noticias que Alemania desea que el mundo crea. Escuché un rato los sonoros y claros tonos de la relación, y no pude menos de pensar en que aquello no era más que un símbolo de lo que acontece en el mundo de la acción, donde la verdad se proclama en un confuso y divergente coro, y donde por el momento lo cierto y lo falso se expresaban con una sola y clara voz.

»Escuche V. ahora a Poldhu», dijo el jefe, poniendo el cuadrante en otro número. Los tonos estridentes se extinguieron, y un sonido profundo, áspero, gruñón, dominó en el aire. Mientras escuché a Nordeich, Poldhu parecía un zumbido insignificante; al señalar el otro número, Nordeich fué a unir su voz con las del coro de insectos, y la áspera voz de Poldhu —la más profunda de todas— entonó un solo. Otra vuelta de la manecilla y se extinguió la voz, surgiendo en su lugar una nota musical, pequeña y metálica: «Es la torre Eiffel», dijo el operador; y mi imaginación, que se había representado aquel elevado grupo de mástiles que hay más allá de Mullón, me transportó a las calles de París y a aquel enjambre de piezas de hierro en cuyo interior una figura humana estaba sentada apretando una llave.

»De nuevo giramos la manecilla para poner otra longitud de onda, pero por el camino tocamos uno de los contactos, y momentáneamente una sonora voz dominó los murmullos. «Ha pasado V. por el Comandante en jefe», dijo el jefe, llevándolo atrás la manivela. Yo deseaba oír aquella voz augusta que procedía del barco que no distaba más de diez cables del nuestro, y moví la manecilla hasta que la volví a escuchar. Estaba tan cerca, que era mucho más poderosa que las otras. Mientras escuchamos a Poldhu y Nordeich, el tono dominante inmediato sonaba en mi oído e interrumpía el mensaje, si bien el operador educado concentra fácilmente su sentido audi-

tivo sobre la voz que le interesa y prescinde de la Babel que forman las demás.

»Pero no fué esto sólo lo que yo oí en el gabinete radiotelegráfico, en aquella noche de invierno pasada en el mar del Norte. Era ciertamente «una noche admirable para la radiotelegrafía», casi única según me decían mis interlocutores. Oímos todo linaje de cosas, que rara vez se oyen juntas y en las mismas condiciones. Oímos al almirante ruso en el Báltico; oímos a Madrid; oímos al Almirante alemán, a través del mar del Norte; y me solacé volviendo la manecilla atrás y adelante entre los almirantes alemán y británico,—aquellas dos voces que tanto nos interesan a todos—para comparar sus tonos, e imaginar lo que decían. Oímos al almirante en jefe del Mediterráneo. Todos ellos tenían signos de llamada y reconocimiento; pero había muchos otros, que venían sin duda de lugares remotos y diversos que nos era imposible averiguar. Casi todas, eran voces; simplemente voces. Para los telegrafistas acostumbrados, estas voces representaban grupos de números o de letras, y por eso no se extinguía su interés; pero, a pesar de que yo podía consultar los códigos y claves cifrados, casi no entendía nada, porque faltaba la clave particular necesaria en cada caso. Probablemente, si lo hubiera entendido no habría despertado mi interés. Lo poco inteligible distaba mucho de excitar mi curiosidad: era el infinito detalle de una vasta organización que no habla más que de negocios. Al mover la manecilla, oí un amargo grito que venía de entre Irlanda e Islandia: «Daffodil a Ranunculus: 2,000 libras de guisantes que me envían, van consignadas a V. en Happyhaven. Le ruego...»

La radiotelegrafía es la más joven de las ciencias que se aplican en la marina en esta guerra, y no será temerario decir que es la principal. Una organización que apenas cuenta diez años, cuyo material se funda en gran parte en lo desconocido, se ha hecho notar por la eficiencia de su trabajo, que nunca ha fracasado, jamás ha fallido. Ha contribuido más a cambiar las condiciones del combate que todas las otras ciencias. Es la abolición de la acción independiente, la implantación de la acción organizada y concertada. Da y admite información. Da órdenes y disposiciones a los barcos que se encuentran en las cuatro partes del mundo y los concentra rápidamente donde conviene; y hace todavía algo más admirable y positivo, que no puede ser revelado aquí. Antes, un capitán de barco podía perder el enlace con su escuadra y obrar con independencia. El almirante de una flota podía mandarla aparejar, y los capitanes, así que lo perdían de vista, no podían consultarle y obraban según sus propias inspiraciones. El Almirantazgo, una vez equipada y armada una escuadra y nombrado su Comandante, no tenía participación en las medidas estratégicas y tácticas; el almirante era quien hacía la guerra. Ahora, los tentáculos radiotelegráficos alcanzan a todas partes, y el Almirante está siempre bajo la dependencia del Almirantazgo. Si se aleja, le coge por el camino y le sigue; si se sumerge bajo el mar, aguardará a que reaparezca para preguntarle dónde ha estado y por qué. El Comandante en jefe tiene el Almirantazgo junto a su oído; una idea concebida en Londres se transmitirá e impondrá a la flota, por lejos que se encuentre, en menos de una hora.

Se comprende cuán grandes son sus ventajas a los jefes del Almirantazgo, o a quienes transmiten las órdenes; y que sus desventajas son para los que navegan, o las reciben. El privilegio y el peso de la iniciativa se apartan del marino y van a ponerse en manos del administrador o del hombre de Estado. Con aquel peso e iniciativa marcha la gran

responsabilidad que recae sobre los que ejercitan aquellas facultades. No me compete averiguar si la marina se habría conducido mejor en esta guerra, si se la hubiese dejado obrar por sí misma; pero no hay duda que hubiera obrado de otra manera.

(De *The Times*).

CRÓNICA MILITAR

I. La paralización de las operaciones.—II. El espionaje.—III. La ofensiva alemana en el frente occidental.—IV. La situación el 17 de febrero

I.—La paralización de las operaciones

La guerra languidece; va disminuyendo la energía de los choques, y parece que se libran los combates más en cumplimiento de un deber, que con el convencimiento de obtener una victoria resonante; se extingue el furor bélico; entre todos, han encadenado y puesto trabas al arte militar, han cortado las alas del águila guerrera, que cada vez tropieza con mayores dificultades para tender el vuelo. Se ha planteado la cuestión del agotamiento material como argumento supremo y decisivo, casi único, por lo que el espíritu de la propia conservación pesa y agobia al mando, le paraliza y le cohibe. El éxito no se alcanza sin correr grandes riesgos, y la extraordinaria duración de esta guerra ha enseñado a los beligerantes a mostrarse cautos y previsores. Decididamente los bríos se han amortiguado.

La cuádruple alianza ha perdido las esperanzas de obtener la victoria militar, pero como se encuentra en situación privilegiada desde el punto de vista económico, pretende reportar de esta ventaja el máximo provecho; le basta sostenerse, resistir; a la larga, el enemigo abandonará la lucha. Siguiendo este método, cada ataque del adversario que sea rechazado equivaldrá a una victoria, y de muchos resultados pasivos se deducirá el positivo tan anhelado. Si, realmente, los pueblos de la cuádruple están convencidos de que el triunfo vendrá por agotamiento, obran bien sus ejércitos permaneciendo a la expectativa; el procedimiento no será muy glorioso, ni militar, pero el caso es ganar la guerra.

Los imperiales, a su vez, han de comprender que sus campañas ofensivas que no tengan otra finalidad que la de conquistar nuevos territorios, no les compensarán las bajas ni los quebrantos que padezcan, porque el enemigo replegará sus tropas y no abandonará su actitud intransigente. Dueñas de territorios enemigos y llevando la mejor parte en la contienda, no hay motivos para que les corra prisa la modificación del actual estado de cosas; con sólo que posean alientos para resistir un año, dos o tres, en las posiciones que ocupan, la victoria será suya; ello les mueve a economizar vidas y material.

Si la guerra es un simple problema de tiempo, ninguno de los dos grupos beligerantes ha de sentirse inclinado a emprender operaciones importantes. La actividad de la nación ha de llevarse por otros derroteros. Pero hay una cuestión previa: positivamente ¿todos y cada uno de los pueblos en guerra están dispuestos de buen grado a que se eternice la

lucha, y creen que por este camino se llegará a la victoria? A juzgar por la lectura de la prensa, están mejor preparados a este respecto los aliados que los imperiales; a los primeros se les ha aconsejado la paciencia, y hace mucho tiempo que se les dice en todos los tonos y en todas las formas que si la guerra se prolonga el enemigo acabará por rendirse. Los imperiales han confiado siempre en la acción de sus ejércitos, para ellos la victoria ha de ser esencialmente militar.

Así expuesto el cuadro, la conducta de los aliados es, en términos generales, lógica y obedece a una idea bien definida. En el bando contrario, habrá hecho surgir un pensamiento, cuya realización práctica ha aparecido ya, a modo de anuncio. La población pacífica de los Estados de la Cuádruple ¿tiene verdadera fe en la panacea del tiempo? Es esencial averiguarlo; porque si fuera así, de poco servirían las victorias militares, y la pérdida de muchos soldados agravaría la situación; sería inútil luchar en Europa; habría que extender el teatro de la guerra, preparando, aunque costase un año, una campaña en Asia o Africa. Mas en la hipótesis contraria, dos o tres golpes rudos asestados al adversario le moverían a la paz. De consiguiente, es de grande interés para los Imperios centrales conocer el estado del espíritu público en Francia, Inglaterra, Italia y Rusia, y para ello no hay otro procedimiento que el de procurar que las más atroces calamidades de la guerra se desaten sobre los ciudadanos pacíficos.

La población de Alemania y Austria ha tocado y está tocando de cerca las consecuencias de la guerra, en algo de tan absoluta necesidad como las subsistencias. Se ha cercado a los Imperios centrales con una barrera que impide la importación de primeras materias y que ha hecho desaparecer del mercado algunos artículos sin los cuales no se concebía antes la existencia de una nación. Los habitantes de Alemania y Austria saben, por experiencia propia, aparte del tributo de sangre, lo que para ellos significa el estado de guerra.

Más afortunados los de los países aliados, no han conocido la falta de lo indispensable. El encarecimiento de la vida lo padecen ellos como los de muchas naciones neutrales, pero casi se ha restablecido la normalidad en las provincias alejadas del frente de batalla. Por más esfuerzos que realicen, los imperiales no conseguirán hacer más precaria la situación de sus adversarios. Con todo, si los aliados no vacilan en esgrimir el arma espantable del hambre, los imperiales tienen a su disposición los medios genui-

namente de guerra, de consecuencias no tan generales, pero de efecto más aterrador por lo imprevisto y fulminante. Su condición de invasores les favorece, toda vez que una ancha faja de territorios enemigos separa al interior de los Imperios—salvo en una pequeña porción de Alsacia y en el Oriente de Galizia—de la línea de batalla. Hasta en la frontera austro-italiana, la abundancia e importancia de las poblaciones del Véneto, muy superiores a las de los pueblos austriacos, da a los imperiales la ventaja. Es lo cierto que alemanes y austriacos tienen la presa más al alcance de su mano, que los aliados la suya.

En el aire, la supremacía corresponde a los alemanes y sus aliados y los objetivos están más cerca de las bases; el efecto de intimidación, que permitirá descubrir si es sincero y está arraigado el deseo de prolongar sin límite la guerra, pueden obtenerlo los imperiales en pocos meses; sabrán entonces a qué atenerse, y se obrará en consecuencia. Por razones conocidas de todos, el pueblo inglés es la incógnita principal; de aquí que los ataques aéreos menudeen más contra la Gran Bretaña. Si se estrecha el bloqueo económico de los Imperios centrales, no será extraño que los zeppelines y submarinos desplieguen su máxima actividad; será menester—a juicio de los imperiales—que cuando un inglés diga que desea proseguir la guerra a todo trance, sepa lo que quiere y a qué se expone, de la misma manera que los ciudadanos del centro de Europa saben que el hambre les acecha.

Hay un motivo, por consiguiente, que explica, aunque no justifica por completo, la paralización de las operaciones. Notorio es también que la diplomacia labora febrilmente y que cada cual se esfuerza en mover a la opinión pública del país enemigo más inmediato, porque la prolongación indefinida de la guerra aplastaría al vencido y dejaría muy mal parado al vencedor, arruinándolos a todos. Entre tanto, los preparativos militares no se interrumpen; al contrario, no hay beligerante que no se disponga a toda prisa a intentar un esfuerzo sobrehumano cuando fracasen las esperanzas en otros métodos.

No sería, pues, de extrañar, que en breve la guerra entre en una fase de crueldad desconocida hasta aquí; que sus horrores se extiendan más allá del frente de batalla; que la solución sea favorecida, pero no provocada directamente, por el arte militar. Por ahí se llega también a la consecuencia de que esta guerra no podrá ser invocada como fuente segura de enseñanzas para lo porvenir; todo en ella ha sido y sigue siendo excepcional.

Si se reflexiona un momento, la causa de los sucesos tan extraordinarios y de índoles tan diversas que estamos presenciando no fué otra que el éxito demasiado concluyente de las primeras operaciones militares. La inmensa victoria de los alemanes desde Mons a Nancy y la desordenada y persistente retirada de los anglo-franceses, que puso en manos de aquellos los territorios que aún ocupan, hizo posible aquel impetuoso y atrevidísimo avance hasta las orillas Sur del Marne, la reacción de los franceses y la batalla del Aisne. Esta batalla hizo cambiar los métodos y la marcha de la guerra; de la línea del Aisne nacieron los actuales frentes en los tres principales teatros de operaciones. Es verdad que la batalla del Marne fué posible por la inesperada irrupción de los

rusos en la Prusia Oriental; fué menester enviar sin pérdida de tiempo al E. una parte de las tropas empujadas en el O.; el flanco y la retaguardia de von Kluck quedaron al descubierto, sin protección, y se impuso la retirada ante el movimiento envolvente del ejército que se había reunido en París. Pero, aun contando con la intervención de los rusos, si las batallas de últimos de agosto no hubiesen sido tan decisivas, ni los alemanes se internaran tanto al S., ni, sobre todo, se hubieran atrevido a dejar detrás de sí los formidables campos de batalla de París y Verdun; continuara la guerra de maniobras, en la forma como empezó, y a estas horas la paz fuera un hecho.

La súbita paralización de la ofensiva alemana permitió a los ingleses plantear su teoría de que el éxito dependía de la duración de la guerra; la verdad es que la situación geográfica de la Gran Bretaña abona esta teoría. Aunque a la postre la fortuna sonría a los alemanes, no se perdonarán jamás el desprecio en que tuvieron a Rusia, la poca atención que prestaron a lo que sucedía al otro lado del Vístula y el Niemen, la ceguera que no les dejó ver la prematura movilización de los ejércitos del Czar. Este error ¡cuántas víctimas y estragos ha causado en el mundo!

Como resumen, se puede sentar que nos encontramos hace dos meses en un período de tanteo y exploración, en lo que concierne a los teatros europeos, que no ha terminado todavía. En Asia, la situación se presenta más franca, porque Turquía se encuentra ahora en condiciones favorables para luchar en demanda de su más grande aspiración nacional, para detener, cuando menos, la decadencia que se inició en tiempo de Pedro el Grande y que los rusos han cuidado de agravar, desde entonces, por todos los medios. Pero no es de creer que la paralización dure mucho tiempo; belgas, serbios y montenegrinos han sido puestos fuera de combate; la ayuda ajena ha servido para poco, y como el grupo más potente es el anglo-francés, Rusia e Italia corren el peligro de que las masas enemigas principales se arrojen sobre una de las dos para obligarla a firmar la paz, así que se hayan desgajado las incógnitas del bloqueo y del estado verdadero de la opinión pública en las naciones beligerantes.

II.—El espionaje

El espionaje es uno de los tópicos más explotado por cierta parte de la prensa extranjera, por lo vivamente que impresiona la imaginación popular. Durante meses, se atribuyeron los éxitos alemanes al excelente funcionamiento del servicio de espionaje, y todavía se achacan a la misma causa los golpes imprevistos que de vez en cuando descargan los imperiales. No habrán olvidado los lectores las persecuciones y exageraciones a que dió lugar la obsesión del espionaje; se veían espías en todas partes, lo mismo en Alemania que en Francia; se calmó pronto la fiebre en el centro de Europa y subsistió en Francia; en Inglaterra tardó en aparecer, pero se sostiene; Rusia no se ha preocupado demasiado de esa plaga.

Hay dos clases de espionaje: la de melodrama, con su interesante acompañamiento de disfraces,

sobornos y misterios; y la vulgar, silenciosa, eficaz y modesta.

Ante todo, conviene advertir que ni la victoria de un ejército ni la seguridad de un país revisten la forma de legajo que se guarda en un cajón o en un

ros días de la guerra, cuando más rigurosa era la censura, los periódicos franceses venían llenos de noticias dando cuenta de la despedida hecha a los regimientos; no era menester que dijeran de qué regimientos se trataba, pues cualquiera sabía, con sólo



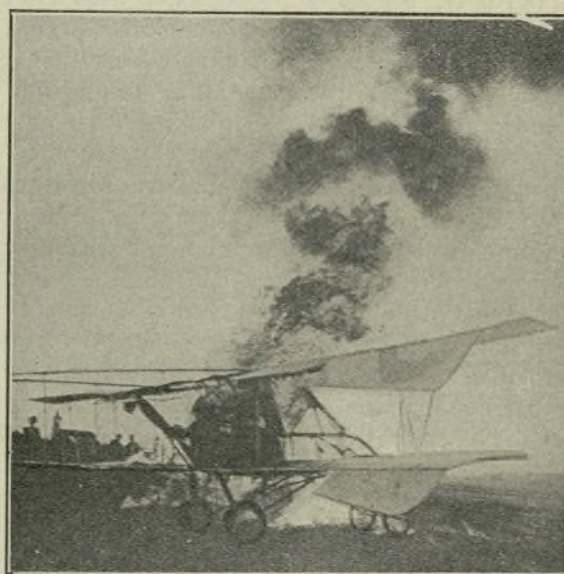
Automóviles-ambulancias del ejército austro-húngaro

arca de hierro; eso está muy bien en el cinematógrafo, aunque en la realidad sea una ridiculez. La guerra no es materia tan sencilla que su preparación y desenvolvimiento puedan encerrarse en algunas docenas de fórmulas a disposición de cualquier rateo ingenioso. Los trabajos de investigación rara vez tienen ese objetivo, que sería de poca utilidad y escasa aplicación. Lo que interesa son puntos concretos, de detalle, que den a conocer exactamente o con mucha aproximación la potencia moral y material del adversario y sus medios de ataque y protección.

El espionaje es, esencialmente, una cuestión de perseverancia, método y orden. De lo público, que está a la vista de todos y no cabe ocultarlo, un espíritu observador deducirá en poco tiempo el estado de lo que se mantiene secreto, y llegará a consecuencias que sorprenderán por lo exactas; si en vez de un observador se multiplica su número, los resultados serán más seguros y extensos.

El primer elemento de información, de espionaje, si se quiere, es la prensa. Cualquier lector que tenga la costumbre de leer diariamente y con mediana atención uno o varios periódicos extranjeros, habrá extrañado más de una vez que lo que el Gobierno respectivo mantenía secreto y lo revelaba muchos meses después de ocurrido, él lo sabía con notoria antelación; la prensa no lo había declarado explícitamente, es verdad, acaso ella misma lo ignoraba, pero la concatenación de ideas y el acoplamiento de indicios, sujetos a un regular criterio, permitían llegar sin obstáculo al conocimiento de la verdad. Recuerdo perfectamente que en los prime-

adquirir un anuario, cuáles eran las guarniciones; ni importaba que se callara el punto de destino, porque sabiéndose el material ferroviario disponible resultaba tarea sencillísima el calcular la fecha mínima en que quedaría terminada la concentración; unos cuantos datos más, fáciles de adquirir, fijarían,



Aeroplano francés, derribado por un proyectil alemán, de artillería

casi sin posible error, los puntos verdaderos de concentración; y, al mismo tiempo, aquellas noticias inofensivas de la despedida tributada a las tropas ponían de manifiesto el lapso que se había tardado en

la concentración. Es decir, que de un conjunto de simples gacetillas dirigidas a despertar el entusiasmo patriótico, un oficial experimentado, sentado ante su mesa de trabajo, podía deducir consecuencias valiosísimas. En la práctica, esa labor no era de investigación, sino de comprobación de lo ya sabido desde el tiempo de paz.

El movimiento ferroviario y la capacidad de transporte, aunque no se encontraran en guías, estadísticas y anuarios, se averigua en pocos meses, con sólo viajar a menudo y con los ojos de la inteligencia abiertos. Lo mismo ocurre con los demás medios de locomoción, de modo que nada más fácil que deducir, partiendo de aquella base y de la situación inicial de los cuerpos, la fuerza enemiga que en un momento dado puede reunirse en tal o cual parte. Claro es que siempre se procura acompañar estos trabajos con la observación directa. Los ejemplos podrían menudearse, pero no es necesario, porque bastan para que el lector se forme idea de estos trabajos.

En lo relativo a puntos determinados de material, armamento y fortificación, que son de carácter reservado, la abundancia y persistencia de las investigaciones, por ligeras que sean, da resultados admirables. En materias en que intervienen muchas y diversas personas, es humanamente imposible mantener el secreto absoluto; de varias conversaciones superficiales y sin malicia, se deduce casi siempre algún dato útil, de lo que se ve por fuera se adivina lo de dentro, si la observación la efectúan gran número de personas en todos los tiempos y circunstancias, y si esas personas tienen conocimientos y hábitos profesionales, los resultados son infalibles.

Se comprende desde luego que si todos los viajeros que visitan un país extranjero comunicaran al de su origen cuantas impresiones recogieran sobre una especialidad cualquiera, pronto se tendría un arsenal de elementos para formar un juicio exacto sobre el punto a estudiar; por trivial que parezca, no hay dato inútil. El ordenador y clasificador llega a donde no ha podido alcanzar el viajero. Esta es la síntesis del espionaje alemán. Con educación militar los más de los alemanes que pasan de los veinte años y sabiendo la importancia que para su país—como para los demás en igual caso—tiene el conocimiento del poderío militar de las naciones extranjeras, comunican lo que, sin molestia para sí mismos, sin interrumpir sus habituales ocupaciones, buenamente, ven y oyen y creen de interés. Eso no es espionaje propiamente dicho, toda vez que ni se violan secretos, ni se falta a las leyes, ni se hace nada incorrecto; el espionaje (?)—de algún modo, por impropio que sea, hay que llamarle—está en que lo que cada cual aprende no se lo reserva para sí, sino que lo pone al servicio de su patria; cuenta lo que ve y oye, como lo oyen y lo ven los demás, indígenas y extranjeros, y no vuelve a preocuparse del asunto, pero sabe que su información será apreciada y que al obrar así cumple un deber de patriotismo. Sería demasiado afirmar que *todos* los alemanes que se encuentran en el extranjero se conducen del modo expresado; sí es positivo que en los alemanes está más arraigado ese sentimiento de observación que en otros europeos, y como aquellos son los que poseen, aun dentro de la vida civil, más arraigado el espíritu militar, el llama-

mado espionaje alemán prepondera y es más eficaz que todos los demás.

Aparte de ese método general, en casos especiales, muy definidos, se acude a los procedimientos del soborno, del engaño, etc., sin que, empero, constituyan algo sistemático y normal; son medios ocasionales, empleados en todas las épocas y casi todos los países.

El espionaje tiene todavía otro campo de acción: el conocimiento de las cualidades morales e intelectuales y de los hábitos y costumbres del alto mando, de los Estados Mayores y de las tropas en general. Napoleón, gran conocedor de los hombres, dió gran importancia a esos detalles y formó semblanzas muy notables de casi todos los generales y estadistas del resto de Europa. Necesario es, sin disputa, conocer el instrumento que ha de esgrimir el adversario, pero ¿no será de interés preferente el estudio de la personalidad que ha de manejarlo? Un hombre metódico, de mediano talento, paciente y tenaz, no se conducirá lo mismo que el de poderoso entendimiento, pero descuidado, imprevisor, confiado en sus recursos. Quien goce de envidiable salud dará a las operaciones de sus tropas—a igualdad de las demás dotes—una regularidad, una claridad, por decirlo así, vedada al que padezca del estómago o de desequilibrio nervioso. En las órdenes y resoluciones más graves influyen a veces los hábitos que se tengan en las comidas, el ser madrugador o noctámbulo. Cuando conocemos a fondo a una persona, no nos es difícil adivinar, con grandes probabilidades de acierto, cómo se conducirá en determinada circunstancia. ¡Cálculése, pues, la importancia que ese conocimiento tiene aplicado a los generales que han de ser los jefes de las tropas enemigas! Lo mismo puede decirse de las tropas en general; unas, que se baten mejor que otras, no soportan tan bien una retirada persistente, o se desbandan si les falta una alimentación sana y suficiente; algunas, rehuyen instintivamente la montaña y prefieren batirse en el llano; hay quien no pone energía en el ataque, y parece que echa raíces en el suelo cuando se defiende; no faltan quienes antepongan a todos sus deberes ciertas prácticas religiosas, de higiene, etc... El buen general no desaprovecha ninguno de esos elementos de juicio.

Mujeres, sirvientes y profesiones análogas tienen a su cargo esta rama del espionaje. Se ha dicho, sin que pueda asegurarse, que los alemanes le dan tal importancia que oficiales del ejército activo figuran como jefes de esas organizaciones, no vacilando, para el mejor éxito, en desempeñar alguno de dichos humildísimos puestos. Sin negarlo, he de hacer constar que a mi juicio no es menester descender tanto para averiguar lo que se desea saber. La vida moderna tiene tal carácter de cosmopolitismo y se han vulgarizado tanto los viajes, que casi todo es del dominio público. El gran secreto consiste: 1.º en conseguir que el país se interese en estas cuestiones y ponga a contribución su buena voluntad; 2.º en aprovechar y clasificar los datos recogidos. El método no puede ser más sencillo, inofensivo inclusive; su gran dificultad, realmente extraordinaria, estriba en que se requiere el concurso de muchos millares de personas; difícil o fácil, en sus líneas generales no es otro el tan renombrado espionaje alemán. Al

alcance de todos, si hay método y disciplina; careciendo de uno y otra, es inasequible.

III.—La ofensiva alemana en el frente occidental

La ofensiva de los alemanes en el frente occidental, que empezó localizada en el sector del Somme y en el de Arras, se suspendió algunos días, sin duda, para consolidar las posiciones conquistadas y dar tiempo a que los franceses descongestionaran otros puntos de la línea, y ahora se ha reanudado, vigorosa, resuelta, en casi todo el frente; el canal del Iser, la región de Iprés, la de Lens, Arras, el Somme, Royc, Soissons, la Champaña, los altos del Mosa y Alsacia, son teatro de luchas violentas. Los alemanes son quienes atacan, y como consecuencia de su actividad obtienen pequeños éxitos, aislados, sin importancia general, sin llegar a modificar la situación de conjunto, pero que afirman su superioridad táctica y desorientan al enemigo. Es la eterna lucha de trincheras, sólo que ahora los ataques se emprenden en un frente mayor y se desenvuelven simultáneamente en los lugares principales de la larga línea de batalla. Esta misma subdivisión de esfuerzos da a comprender que no se está desarrollando un ataque a fondo, pero pudiera tratarse de la fase preliminar, la de tanteo, que tiene por objeto desconcertar al adversario, poner a prueba su resistencia y su moral, llevar a su ánimo el sentimiento de la inferioridad. Mas, ¿es verosímil esta consecuencia?

Según los cálculos de los aliados, los ejércitos anglo-franceses excedían por lo menos en un millón de hombres a los alemanes, a últimos de diciembre. Para que el invasor se encuentre en estado de ejecutar una maniobra decisiva, es menester que haya reforzado su ejército hasta conseguir la superioridad numérica. ¿Disponían los alemanes de un millón y medio de hombres para enviarlos a Francia, y, suponiendo que la respuesta fuera afirmativa, conviene en los presentes momentos desarrollar el esfuerzo decisivo en aquel teatro? Sin datos exactos y completos a mano, no es posible responder a estas preguntas, ni hacer vaticinio alguno. Dentro de los principios generales, que son inmutables, y dado el estado de la guerra en los diferentes frentes, no parece indicada la ofensiva a fondo en Francia; si la escuadra británica hubiera recibido un golpe serio, o los rusos hubiesen sido arrojados de Galizia, o Rumanía abrazara el partido de los imperiales, o alcanzado los turcos una victoria importante en Mesopotamia o el Cáucaso, sería más explicable que los alemanes concentraran su acción contra los franceses. Nada de esto ha ocurrido, y aunque los franceses fueran derrotados no cesarían en su actitud belicosa mientras tuvieran a su lado el apoyo de Inglaterra, poco quebrantada. Me resisto a creer en la hipótesis que me ocupa.

Para amagar un esfuerzo en otro teatro estaría justificada la agresividad de los alemanes en el frente occidental; pero ella les debilita y, además, la acción es demasiado prolongada para que surta un efecto de sorpresa. Tampoco por este lado aparece explicación satisfactoria.

Lo más probable es que el ejército alemán del Oeste haya recibido la orden de abandonar su acti-

tud expectante, y cada jefe de ejército y cuerpo de ejército procure obtener las ventajas que estén a su alcance, sin comprometer copiosas fuerzas; es decir, que hayamos vuelto a un estado algo parecido al de noviembre y diciembre de 1914, y que tendría por efecto reavivar el espíritu público alemán y deprimir el de los aliados, excesivamente sosegados ambos desde que terminó la campaña contra Serbia.

De todos modos, es extraño que el alto mando alemán, tan conservador de la vida de sus soldados en los últimos meses, les exponga ahora a pérdidas, necesariamente elevadas, que favorecerían un contraataque de los aliados, más numerosos.

Me inclino a creer, en resumen, que en el mando alemán pesan razones de índole moral, además de las militares, y que ese aspecto, político y psicológico, abraza tanto a sus propias tropas como a las adversarias. Hay que advertir también, y ello no debe olvidarse, que la pasividad alemana en el frente occidental en el último medio año, hace aparecer como extraordinario y anormal lo que era corriente y de casi todos los días hasta la ruptura del frente ruso del Dunajec. Es extraño, inesperado, lo que acontece, pero no hasta el punto de que su interés se anteponga al de los demás hechos que se están desarrollando en Europa y Asia.

IV.—La situación el 17 de Febrero

En un encuentro habido en el mar del Norte, cerca del Dogger Bank, entre una escuadrilla de torpederos alemanes y varias pequeñas unidades británicas, dos de éstas (guardaminas, cruceros (?)), fueron echadas a pique.

Otro crucero inglés, de escaso tonelaje, se ha hundido en el canal de la Mancha por el choque con un torpedo fondeado.

Por la misma causa se ha perdido, en las costas de Siria, con toda su tripulación, el crucero acorazado francés *Amiral Charner*, construido en 1893, de 4,700 toneladas, y armado con dos cañones de 19.4 centímetros, seis de 13.8, cuatro de 6.5 y ocho de 4.7. Era un barco anticuado, de escaso valor militar.

En Salónica, los anglo-franceses, una vez terminados los trabajos defensivos alrededor de la plaza, han ocupado algunas posiciones al N. y al O., junto al Vardar, para dar más seguridad al campo atrincherado. Los movimientos de tropas, dentro del territorio griego, a que han dado lugar esas ocupaciones, deben interpretarse como invitación al enemigo para que las ataque, pues al fin se ha reconocido en Inglaterra y Francia que la situación del ejército expedicionario es poco airosa y que su presencia en Salónica más favorece que perjudica a los imperiales.

No cesan de arribar barcos abarrotados de tropas al puerto macedónico; pero aunque se extienda la opinión de que el poderoso ejército del general Sarrail debería de emprender una campaña ofensiva, no hay que esperar por ahora que ese deseo se convierta en realidad. Los búlgaros, siempre en la frontera, y los alemanes en Monastir, amagan y amenazan, sin resolverse a atacar, prosiguiendo en su labor de fijar al enemigo sin emplear muchas fuerzas.

Ni en el frente italiano, ni en el ruso, ni en el francés ha ocurrido nada digno de especial mención. En Albania prosigue el avance de los austriacos, que están a pocos kilómetros de Durazzo y a algo más de una jornada de marcha de Valona. Parece que la resistencia de la primera plaza, si es atacada, no será de larga duración, porque Essad Bajá la ha abandonado, dejando en ella algunas tropas albanesas y se cree que también algunos destacamentos italianos. La situación en Valona se presenta más oscura.

Nada de nuevo se sabe sobre las operaciones en Mesopotamia. Al E. del canal de Suez los ingleses están atrincherándose cerca de las fronteras de Turquía, y han llevado a cabo algunos reconocimientos ofensivos, con el propósito de alejar el peligro de que los contingentes enemigos se concentren cerca de aquella línea, junto a la cual todavía no han aparecido las tropas regulares turcas. Como pronto no será época oportuna para desenvolver grandes operaciones en ese teatro, los ingleses comienzan a tranquilizarse, con razón, acerca del tan anunciado y temido ataque al canal.

El acontecimiento de más resonancia, de verdadera importancia es la toma de Erzerúm por los rusos. No se conocen todavía detalles del sitio, pero se puede asegurar que los fuertes fueron tomados por asalto y que la desmoralización de la guarnición fué la causa decisiva del desastre. La plaza fué rodeada y el ataque final se emprendió desde el S., sector el menos protegido, produciendo una verdadera sorpresa en los turcos. Se ignora hasta ahora el botín recogido por el vencedor, así como si la guarnición cayó en totalidad o en gran parte prisionera de guerra o si ha podido retirarse hacia el S. Pero estos son meros detalles que no influyen en el resultado general.

La conquista de Erzerúm ha de tener necesariamente fuerte repercusión en las operaciones en Persia y en Mesopotamia. No les bastará ya a los turcos mantener en el Cáucaso un ejército de observación, como hasta aquí, sino que tendrán que despachar a aquel teatro nuevas tropas que contengan a las rusas, es decir, que fracciones considerables de los ejér-

citos destinados a operar en Persia, Mesopotamia y Egipto, habrán de dirigirse a Armenia. Con ello la ventaja principal será para los ingleses, que se verán libres de los peligros que comenzaban a cernerse sobre ellos en Asia. En Persia es sobre todo donde se notará más el efecto de la caída de Erzerúm, y en aquel teatro es donde precisamente se encontraba uno de los puntos más vulnerables de los rusos e ingleses; no se vaya a creer, sin embargo, que las consecuencias serán instantáneas porque la distancia de Erzerúm al centro de Persia y al frente del Irak es de muchos centenares de kilómetros. Los turcos no podrán emprender operaciones ofensivas, como las que estaban desenvolviendo en Asia, y tendrán que mantenerse a la defensiva, dejando en libertad a sus adversarios para que ejecuten lo que les convenga, de suerte que la pérdida de Erzerúm es un verdadero desastre para Turquía y un hecho de extraordinaria importancia para el cariz que ha de tomar la guerra en Asia.

Desde el punto de vista moral, los rusos, que tan necesitados estaban de algo que reanimara su abatida confianza, tienen ya un éxito positivo de que vanagloriarse, y la satisfacción será mayor todavía teniendo en cuenta que lo han obtenido contra su enemigo secular y más irreconciliable. La noticia se propagará rápidamente en todos los ejércitos rusos y se fortalecerá su moral.

Claro es que desde el momento en que la caída de Erzerúm ha sido un grave contratiempo para Turquía, constituye asimismo un serio golpe para Alemania, a la que, si no se desvanece, se aplaza por lo menos su aspiración de atraer la atención de los rusos e ingleses a otros teatros que no sean los europeos.

De aquí que sea de esperar que pronto los imperiales ejecuten algún contragolpe que desvanezca los efectos y consecuencias de la derrota de los turcos en Erzerúm; con lo que la guerra volverá a tomar grande incremento.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

18 de febrero 1916.